

Ciclo solar*

DEL PADRE

Con burlas que lleva en la risa disimulado algún miedo, si se demora aún la luz en torno y no hay mucho tiempo que ganarle a esta noche.

Subiría a esa hora las escaleras de madera del viejo edificio al final del autobús, si por fin abría allí esa puerta la mano cargada de venas de su padre otra vez callado.

Si había demorado subir las escaleras y si ahora volvía a sentir la voz de su padre en la frase interrumpida dentro de su memoria, donde ese hombre extremadamente delgado y de mirada fija hablaba poco en su orgullo herido.

De viaje en el período de las siembras, o si marchaba por el verano a las viñas y elogiaba al volver la producción del tinto espeso, y también si retornaba a su valle habiendo detallado la configuración de los cerros vecinos donde en su juventud creyó segura la posibilidad montañosa de unas minas.

De ese tiempo su figura en la medianoche, de vuelta de un viaje largo, más delgado aún, y volviendo a planear otro golpe de la fortuna, ya vendida la huerta primera. Hablando sin tiempo, al comienzo de todo, rodeado enseguida por los amigos que brindaban al mediodía.



Subía por eso las escaleras otra vez decidido a recuperar la voz de su padre, ahora hacia él, bajo cierto dejo resignado, protestando a ratos, con el periódico entre las manos, opinando un poco. Porque de chico él había espiado la voz de ese hombre, siempre rodeado por sus amigos, que resonaba altiva en la puerta de la sala, y esa gente reía, animado entonces por la sensación de peligro, que compartía en la sola resonancia de ese vocerío al fondo.

De esa voz conocía así la vida suntuosa, cerca de él, en secreto, y sólo más tarde descubriría que su padre en verdad le había hablado muy poco, y ese silencio tan próximo lo agobiaba vagamente, recordando la mirada casual de ese hombre, que ocurría como una posibilidad inminente y acaso dolorosa de poder hablar.

Porque su voz acontecía en torno a los personajes lejanos de la extensa familia, cuya escasa fortuna estaba siempre en peligro, para burla suya, o se levantaba de esa mesa marchando al corral terroso donde toda la noche arrojaba baldes de agua con un ruido alarmado y continuo.

¿O tal vez él mismo no había buscado a su padre con preguntas posibles, ya a solas? Si bien era cierto que a sí mismo sólo podía recordarse hablando todo el tiempo, en los mil proyectos iniciados y abandonados en ese tiempo próximo a una playa.

Sólo cuando su padre envejecía, y era calma esa voz, como rajada a cierta altura, sólo entonces habían hablado largamente, antes de irse a dormir, comentando escandalizado y en broma esas noticias de la radio. Destiempo que era ese diálogo, y ya tardía esa hora, porque en su memoria él hubiese querido alzar la voz hacia ese hombre que era su padre, provocando la resonancia entera de su orgullo entonces.

Y no obstante en esa angustia vacía él buscaba entender el silencio de su padre, ese breve terror de aceptar en el silencio de esa voz otra forma de hablar, recuperarlo así, con cierto peligro, antes de que su padre fuera perdiendo esas batallas, retirándose hacia una silla, olvidando los reclamos de una imaginación propia. En esa silla podía verlo con mayor nitidez, abriendo un periódico, mientras decrecía el humo de su cigarrillo, bajo la luz que marcaba todas las sombras y fijaba su rostro de ojos muy vivos y fijos, y nariz aguilena, cuando empezaba a quejarse un poco del frío.

Recordaba del otro tiempo sobre todo dos noches distantes en que su padre habló largamente del aluvión de Huaraz y de la gran lluvia sobre los valles, y en el valle de Yaután debía cruzar a caballo un alto puente que el río sacudía, solo en ese mundo de aguas violentas.

Pero de esas noches no podía recuperar ya la voz, sólo podía retener las imágenes rodeadas por cerros disueltos y bosques arrasados. Resonaba entera su voz solamente en la sala, con los amigos celebrándolo, encendida, despectiva y elogiosa, su

Julio Ortega (1942) es uno de los críticos y escritores peruanos más importantes de la actualidad. Ha publicado una novela, *Mediodía*, un estupendo libro de ensayos, *Figuración de la persona* y una compilación de textos de César Moro. El fragmento que publicamos ahora pertenece a una novela que aparecerá próximamente.

voz sin tema precisable para ese espía tras la puerta.

Si subía las escaleras así invadido por el temor y la mano de su padre abría esa puerta, o si ya descendía en la penumbra esos escalones, y cerraba la puerta de calle, buscando por igual esa voz que perdía, cercado otra vez por el silencio de su padre, creciente en la memoria, al centro de esa casa próxima al mar, donde avanzaba cerrando las puertas antes de dormir, mirándolo de pronto en la inminencia de su voz, pero sin decir ya nada.

Y al abrir la puerta veía a los amigos que terminaban de cenar y bebían vino, a grandes voces, y su padre lo anunciaba sin desprender su mano del hombro que aferraba, y descubría que había bebido un poco, y su voz era ahora más baja y lenta, se agitaba la nuez de su garganta y su piel allí, al hablar, pero siempre erguido, con la mirada de ojos agudos, de pie ante esa mesa poblada.

Pasó él su brazo queriendo también abrazarlo y tocó el hombro delgado y duro de su padre, y retiró el brazo, sintiendo que la mano de él oprimía fija su hombro izquierdo, mientras lo presentaba a sus amigos y ellos llenaban un vaso para él.

Porque en un sueño escuchó que llamaban a la puerta, y al abrirla vio que dos hombres llevaban su cuerpo caído: lo sostenían de las axilas, y tenía la cabeza ladeada, sin duda malherido, y después había

temido que el rostro de su padre se pareciese al del sueño, a ese cuerpo desgarrado, que había recibido después de que golpearan a una puerta.

Después si en esa mesa han bebido, el padre lo habría abrazado, hablándole de los bienes perdidos, y habría él presenciado el brillo último de sus ojos, su voz que reclamaba sin referencia posible, en toda la fatiga de esa hora sonámbula, con la última fuerza de su voz.

Y si nada queda por decir y nada ha sido entre ambos dicho, o si todo fue dicho en el otro tiempo, cuando en las habitaciones blancas ese hombre acarrea el agua de su propio mundo, luego de reír alto y ferviente, en la vanagloria de su voz, en esa pasión.

DE UNA DIVA

Negro reluciente es el tren Delaware-Pennsylvania que atraviesa el invierno de árboles quemados camino hacia la ciudad minera de Pittsburgh, llamada el Ojo del infierno, donde se juntan el Alleghany y el Monongahela y forman el Ohio.

Si Ian, un jovencuelo por entonces ha visto todo el teatro posible, en el Sirya Mosque, una noche italiana, cuando la Diva cruzó la escena de lateral a lateral, si bien nadie la había visto moverse, sólo ese cuerpo delgado que todo lo decía en una sola frase como un delta y allí todo acontecía.

Estaba ella al centro de la escena, vestida con un traje largo y simple, que la obedecía como todo, y en su rostro la enorme fatiga se borraba, una llama así, desplazándose imperceptiblemente, al centro del incendio, igual al más dócil instrumento.

Olvidó Ian la pieza que se representaba y olvidó las palabras: desde la mujer que respiraba en el fervor de esa tragedia, casi desapareciendo, el rumor de sus sentidos lo había abrumado, como en el privilegio de una comunión ignorada.

Curioso oír a Ian contándolo a pocos, prometiendo pensarlo mejor, porque algún día él podría decir exactamente lo que en ese teatro ocurrió, cuando súbitamente desde sus ojos cada detalle se iluminaba, y era una iluminación erizada, un asombro que se expandía, y era absurdo pensar ahora que tuvo que aferrarse de su butaca volviendo así de ese placer enervado.

Era como hablar, había dicho Ian, como hablar sin fin, en una corriente continua / y todo duró un instante, no más de un minuto o menos que eso, pero toda la noche aquella / y al levantarse, dijo Ian, su cuerpo le pareció extraño, como si al dar un paso fuese a dar otro más, como si al cruzar las puertas avanzara un trecho más amplio, siendo cosa de reír que en cambio los sentidos se demoraran en precisarse.

No le había ocurrido otra vez a Ian, y prometía explicarlo mejor, bajo la mirada atenta de madame Duprey que sonreía al descubrir el silencio bobo





que Ian ocasionaba allí, ya que en su vida siempre poseía un camino súbito y lateral, por donde él iba pateando piedras y quebrando ramas, impensadamente, sin propósito, incrédulo ahora de su tiempo en ruinas.

Madame Duprey no había visto nunca a la Diva: ella era un poco chica entonces, decía con coquetería fingida, pero sí escuchó de ella a sus padres, la leyenda de una mujer cargada de flores, cuya mirada poseía cierta mansedumbre y el vago sopor, como en los ojos de las mujeres pintadas por el Giotto. Debía haber tenido ella la embriaguez de esa mirada, porque en las fotos de la época podía vérselo los ojos claros y el tenue sobredibujo de los párpados, después de tanto asombro.

Con gli occhi onesti e tardi, pero en el Sirya Mosque, esa noche de 1924, Ian asistía sobre todo al último resplandor de ese cuerpo que se rendía a su dictado, porque al terminar la función la Diva había dicho, muy bajo, *basta, non posso più*, retornando a su propio cuerpo y a su edad abatida, rodeada por la nieve licuándose de abril y cerca de la última fiebre.

Reclamó en el delirio que la compañía se apremiase con el equipaje, quería salir lo más pronto

posible de esa ciudad de edificios negros que se recortaban en el tiempo helado, con fuego bajo y altas chimeneas. Quería volver ya al tren, recuperar el barco italiano, pero extraviaba los nombres, cerca del final.

Ir a morir allí, en la debacle de la última compañía, al final de la gran época, cuando la Diva es la última mujer de este teatro recargado de flores y aplausos, donde se espera que ella sola transforme el escenario en una fiesta de su realeza solitaria. Ir allí, al oscuro pánico, cuando se cierran las grandes puertas de los teatros y se espera poco de un mito italiano.

Rindiéndose a la transparencia, y en su pasión severa, bajo las luces, pero enseguida se abrían las puertas y luego se cerraban. De esos templos vacíos entretanto, nada podía proseguirse, sólo esa realeza absorta de una mujer muriendo, fiesta que se cerraba sobre sí misma.

Perpetuar esa impostura, abriendo las puertas siempre, con las calles así a la vista, en tanto los actores devuelven todas las flores, porque su vida allí recomienza y el tiempo se enciende reconociéndose, después de su transparencia, ¿inminente, incumplido?